

Memoria de Dios y otros poemas

*Torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida
(Fr. Luis de León: A Francisco Salinas).*

I

Brilla la comba fúlgida del cielo
de azul inviolado y transparente.
Y la luz invasora, llaga ardiente,
se derrama a raudales por el suelo.

El sol, ave en la cima de su vuelo,
hiere el valle con su pico ciegamente.
Sueña el agua dormida bajo el puente;
la alameda me da su umbrío velo.

Y es música y aroma, embriagadora
delicia, que me arrastra vencedora;
llamarada que suave se traspasa
a la profunda noche de mis minas,
donde se funde con la oculta brasa
y el sol de eternidad de mis colinas.

II

Me trae, ¡oh Dios!, el triunfo del verano
testimonio de tu huella en las cosas,
cuando tus dedos heñían nebulosas
y trazabas linderos con tu mano.

Me lo dice la brisa de este llano;
me lo canta el perfume de las josas
y la armonía exacta de las rosas
y el violín del jilguerillo ufano.

Hermanados frutos, valles, oteros,
ríos, chopos, estrellas, ventisqueros
cantan, sujetos a norma, tu gloria.

Todo vibra perfecto en la hermosura
del mundo. Tengo impresa tu figura
y aroma de tu paso en la memoria.

LA POESÍA

A mis alumnos del curso 1963-1964.

*Vengo detrás de una copla
que había por el sendero*

(Juan Ramón Jiménez)

La otra tarde, en el estudio,
por los senderos del sueño buscando
mariposas de luz os he visto.
Por mucho que las sigáis,
no les daréis alcance.

Es el destino nuestro:
seguir,
seguir tras la belleza, errante por los caminos,
con el corazón herido,
sangrante,
sin paz en los huesos.

Es una canción lejana,
aroma de rosas invisibles,
la voz que oímos en sueños,
guiño seductor de estrellas
deslumbrantes,
¡blancas!,
¡blancas!

Iréis a cogerla
y huirá más lejos;
pero el corazón,
anhelante,
seguirá el rastro aromado,
siempre,
siempre horadando hacia el misterio.

SI YO ESCRIBIERA VERSOS

*A Dámaso Alonso, maestro de maestros,
con mi recuerdo hecho plegaria.*

Si yo escribiera versos,
diría sin rodeos,
llanamente,
el tantear del hombre en la tiniebla en busca de la luz;
su grito isleño
de náufrago, que clama por la orilla
donde vive la dicha renovada.

Y cómo, siempre tensas,
sus fuerzas misteriosas
(espíritu concentre
o indague la razón del trazado del mundo,
su entraña reduciendo a fórmulas y leyes;
busque pan o verdad busque)
hacia la única diana apuntan anhelantes:
cielo y tierra dirigen hacia Dios
la inquietud de sus flechas.

Hombre de Dios soy.
Y el temblor milagroso de mi vida
y la onda fugitiva de mi palabra
el flujo son de su marea,
que se hace en mí cauce limitado,
a escala humana.

Me asomo a su corriente
y en su fanal parpadeante veo
mi propia figura, reflejo de la suya creadora,

vida creando,
a impulsos de su aliento animador,
y la imagen lustrada de las cosas,
libres de la torpe ramazón que las encubre a la mirada,
revelando sus ansias más secretas,
todas hermanadas.

Hombre es red inextricable
de tiernas relaciones;
urdimbre entretejida, minuto tras minuto,
por la rauda lanzadera de los años.
Si se desata,
se deshace en hilachas de desganadas o de cansancios tristes.

Hombre es tierra
donde anudan sus raíces muchedumbre de savias.
Arrancadlas,
y es páramo donde mugen los vientos negramente agoreros.

Hombre es cruce de crujientes pulpas,
donde en amor se encuentran
Dios y las obras modeladas por sus manos.

Si yo escribiera versos,
iría al hombre,
a descifrar su enigma,
a arrancar su antifaz, su costra de artificio;
a azucar sus enjambres ateridos de frío.
Prendería una llama en las últimas celdillas de su vida
para ver —costumbre siempre nueva—
borbollar su colmena
con dulce, vahariento zumbido.
Sus afanes, abejas; el romeral, Dios.

A RAS DE TIERRA

A ras de tierra mi canto,
mi verso no tiene vuelo.
¿Para qué, si a nadie gusta
que le distraigan del juego,

ni las cartas boca arriba
le pongan, ni el saboreo
del limón verdiagridulce
de la verdad en sus dentros?
Amor, servicio, hermandad...
Siga la farsa, dancemos.
Iglesia, Cristo, las almas...
gritemos de mentira ebrios.
Palabras, solo palabras,
palabras que lleva el viento.
A ras de tierra mi canto,
mi verso no tiene vuelo.
Palabras, también palabras.
Quiero callar y no puedo.
Quisiera encontrar vocablos
de marfil, neutros, sin fuego;
dar a mi verso blancura,
frío de escarcha en enero;
pero se me encrespa rojo
de sangre bullente, férvido.
Y restalla como un látigo
sobre tanto fariseo.

VERANILLO DE SAN MARTÍN

¡Envuelta en tocas de bruma,
la nieve de Peña Ubíña!
Sus cumbres de azul y rosa,
al sol que asoma, se pintan.
Aquí, cerca, en los recodos
el río pasa revista
a los chopos centinelas,
que en la mañana buida
mantienen su guardia a pie
firme, desnudas las picas.
Tablares de sembradura
despereza la luz niña,
que curioseas la huerta
y escala tapias caídas.

En los rodales de césped,
deslumbrante escarcha nítida.
Bajo el cielo azul turquesa,
se ha quedado sorprendida
y encandilada la luna;
y de la aldea tranquila
humean las chimeneas.
¡Vivir! ¡Vivirse! ¡Alegría!
¡Salir, salir por el campo
hacia la gloria del día!
¡Exaltarse en plenitudes!
¡Estar en paz y armonía
con el mundo! ¡Sus! ¡Y arderse
en los soles de la vida!

NIEVE AL AMANECER

El cielo, sin una estrella,
se arropó con su bufanda
de nubes. Lenta la nieve
caía borrando aristas
—mano que todo lo iguala—.
Con la nieve el caballito
de la cellisca jugaba;
jugaba haciendo corvetas,
la echaba contra las tapias.
Al alma, niña de un día,
le iban naciendo las alas,
y el torrente de sus penas
ya era hoyuelo de agua clara.
Se retiraban los miedos,
amanecía en la casa;
allá en el fondo del bosque,
los lobos ya no le aullaban.

TRÉBOL

¡Ay de vosotros!
Porque siempre os faltará tiempo
de ver las nubes,
grises corderos
por la azulada
y alta pradera de los cielos.
No dormiréis nunca en el soto
oyendo el susurrar del viento,
ni en la mañana luminosa
os perderéis por los senderos.
Os cegarán con el cascote
de los secos libros de texto.

¡Ay de vosotros!
No tendréis tiempo para el sueño,
para soñar por los caminos
del alma, a la luna de enero,
cuando el silencio profundiza
y hay sementera de luceros.
La caverna interior se enciende,
alumbrada por rojo fuego.
Todo gime; la paramera
siente la llamada del cielo;
y se oye pura
la voz de Dios, que canta dentro.
Ninguna flor se asomará
a vuestro pozo siempre seco.

¡Ay de vosotros!
Os dirán los libros de texto
que es la tierra la que se mueve
y que es mentira el nacimiento
del sol, cuando enciende su hoguera,
despereza y alegra el suelo;
y mentira, cuando cansado
se reclina sobre los cerros;
que el hombre es células, un ente,
moléculas en hervidero;

que el alma es principio de vida;
y Dios motor sin movimiento,
que empuja la potencia al acto
(lo dicen los libros de texto).

¡Ay de vosotros!,
si no dejáis el saber ciego
de bachilleres
que se han quedado sin el tuétano;
si no retornáis al asombro
aquel de los días primeros;
si no os arrastra la llamada
de los valles hondos, repuestos,
del alma y vais por sus veredas
como va la cabra al codeso;
si no os sentís estremecidos,
hundiendo en el río los dedos;
si no os sentáis junto al espino,
a oír los mensajes secretos
que envía a estrellas lejanas,
en armonía con el vuelo
de las palomas;
si del hombre de carne y hueso
no os sentís amigos y hermanos
y eleváis por él vuestros rezos;
si no trabajáis con él unidos,
puesta la vela a un mismo viento.

¡Ay de vosotros!,
si en la luz auroral del verso
no sabéis envolver el mundo,
desvelando matices nuevos;
si no sabéis dar a las cosas
su gozo eterno
de criaturas recién hechas,
trasladadas a un mundo pleno;
si en el fervor de la palabra
—río que fluye siempre lleno—
no sabéis derramar vuestra alma
y vuestro corazón entero.

¡Ay de vosotros!,
 si, en medio del montón de ruinas
 —eso son los libros de texto—,
 gráciles, rientes,
 no ponen su verdor de ensueño
 las tres hojitas temblorosas
 de algún trébol que os nazca dentro.

PAN DE VIDA

*«La verde oliva así nos resplandece
 y el pan da valentía*

(Fr. Luis de León: *Traducción del Sal 104*,
 (103), v. 15.

Se entra el agua, cantando, en el molino
 hacendosa, harinera;
 gira la piedra, fiel a su destino,
 y el trigo rubio espera,
 triturado, salir en flor de harina.
 El pan de valentía,
 que pujante crecía en la colina,
 en la llanada umbría,
 en la vega..., y era amor de la brisa,
 porque Dios lo ha querido
 se ofrenda por mis manos en la misa,
 en Cristo convertido.

Las espigas dispersas se han aunado
 en albura de nieve.
 Pan blanco, nuevo Pan, anonadado,
 a buen fruto nos mueve.

Y florecen las mieses candeales,
 si el alma es tierra buena;
 y son un solo cuerpo los mortales
 que toman esta cena.

Si la semilla que el labrador entierra
 no muere, sola queda.

Mas este Pan durmió bajo la piedra
y aquí se nos entrega.

Hostia, que al alma vienes deseosa
de dar muerte a la muerte,
mete a cuchillo mi vejez añosa.

Y así podré ofrecerte

el alma limpia y pura y traspasada,
panecillo de luz.

Di: ¿qué senda nos lleva a esa alborada?

—La senda de la cruz.

MUJER

*A María Celia González Fuentes,
al cumplir quince años.*

Llegó tu primavera.

Mejor: te está llegando.

Florido el cuerpo grita
el empuje del árbol
de la vida, pimpante de hermosura,
esplendoroso, musical, alado.

En tu mirada, hondura
del mañana que se viene con paso
presuroso; negra tu cabellera
da sombra al entusiasmo
que irradia de tu rostro,
claro, profundo lago;
y bullen en tu frente las ideas
con el brillo y misterio de los astros.

Y son luz y son noche
y son risa y son llanto
y son un horizonte de esperanzas
y un camino cerrado
en que a veces te pierdes, hecha un lío,
sin encontrar salida al ancho campo.

Es tiempo de vivir.
 Vive con gozo; que, al vivir, logramos
 ser, ser más, hacernos en el complejo
 y sutil entramado
 que nos une con nuestra circunstancia.

Goza de la amistad; ensancha el radio
 de acogida; disfruta del paisaje,
 de la luz, de la brisa y de los astros.

Que el sol del arte inunde
 y Dios —vivimos libres en sus manos—
 tu corazón de música y belleza.
 Coge las rosas, que huye el día raudo.

LAS PRESAS DEL TERA

A Avelina Vega

Fue una noche de invierno. ¿De enero? Salí de casa contigo a llevar la cena al pastor. Se escuchaba el silencio. Al doblar la calle, mitad en sombra, mitad alumbrada de luna llena, se oía un rumor intenso. «¡Qué bien se oyen las presas del Tera!», me dijiste: «¡vaya manta que está cayendo!».

Era un fanal la noche.
 Los puñales buídos del relente
 se clavaban
 en los manzanos ateridos
 y en el prado acurrucado de silencio.
 Arriba, el cielo azul, azul limpísimo,
 como una inmensa comba que manos invisibles
 manejaran
 a uno y otro extremo del horizonte
 y se hubiera quedado quieta,
 eternamente quieta,
 en el punto más alto,
 inútil para el juego.

Como un pan recién hecho,
 la blanca luna llena
 paseaba su asombro por el pueblo,
 enjalbegando tapias y tejados,
 mientras dejaba media calle en sombra.
 Enardecido parpadeo de innumerables velas
 recordaba la infantil cantilena aprendida en la escuela,
 el desafío de Dios a Abrahán, padre de pueblos:
 sal al campo y cuenta
 las estrellas,
 si puedes.

Rejas de claridad sus rayos eran
 y hondos surcos
 en mi alma, sin yo enterarme, abrían.

En el recogimiento del pueblo ensimismado,
 (la vida, en los hogares,
 al amor de la lumbre;
 donde —en trébedes o en llares—
 se aliñaba o cocía
 lenta la cena de hombres y animales)
 solo se oía,
 musical,
 invasor,
 horadante,
 el rumor incansable de las presas del Tera;
 del agua que, al hurtarse
 entre las peñas,
 caía, espuma hecha,
 contra lúbricos guijarros estrellada.

Y, a veces, intenso se acercaba
 y apagado, a veces, se alejaba.

Transverberado, poseído, el cuerpo
 se hizo música y silencio
 y luz y estrella y agua
 y relente y fuego y casa
 y huerto y cielo y prado
 y pueblo
 y pueblo
 y pueblo.

¡Instante eterno! ¡Ancla del tiempo!
 (Así a Agustín,

una noche en que estaba desvelado,
 el ruido intermitente del agua despeñada
 le sacó de sí mismo y dejó absorto,
 en un tiempo sin tiempo,
 en éxtasis,
 en vilo,
 para luego inquirir sobre las causas
 de tan raro fenómeno,
 discurriendo sobre el ritmo y el orden.

Así Fr. Luis,
 sentado a la vera de un arroyo
 formado por el agua que
 caía
 de la presa
 de unas aceñas,
 con sus amigos platicaba sobre la paz y el orden,
 transportado
 —alta ya la noche sembrada de estrellas
 y otro cielo estrellado el río hecho—,
 mientras la voz del agua crecía en el silencio.

Noche de «miedos veladores»
 —le nacen al miedo cien mil ojos—,
 aquella en que Sancho y don Quijote,
 recogidos en un soto,
 escucharon temerosos
 el estruendo confuso de un buey de agua
 y el seco golpear de unos batanes.

Séame permitido
 recordar experiencias tan excelsas
 al hilo de la mía,
 tierna, mínima;
 salvarla del olvido ennoblecida).

Rumor que se adentró
 por la cava más honda
 de los más hondos fosos de mi alma.

Y ahí está,
dando vida a mi verso y alma a mi palabra.
Como el tuero inextinguible
(o leño trashoguero)
conserva vivo el fuego.

¡Noche alta de enero,
la noche aquella de luna y música y silencio
y de estrellas y escarcha
y campo y agua y pueblo!

En mi alma te tengo, noche santa
—«amable más que la alborada»;
ahí te tengo y te veo.

Tú eres el cimiento profundo de mi casa,
la oculta savia de mis arboledas,
la luz de mis secretos corredores,
mi huelgo de hombre;
la raíz que, saliendo de la entraña
de la tierra,
hacia flores y frutos puja y puja.

Tú eres el vivo manantial perenne
que da agua a mis acequias;
ventalle de mis huertos,
que lleva su perfume a las estrellas.

Y eres tú, rumor del Tera,
mi música más honda y luminosa,
mi pulso y voz y canto.

Tú, fugitivo río eterno,
«tan antiguo y tan nuevo»,
tú modulas mis versos
—tu estrofa es mi estrofa—
y les fijas su ritmo y su acento y su número de oro.

NANAS DE MARÍA A JESÚS, NIÑO

*A Berta Puga Fuentes,
en su primera comunión.*

Duérmete, Jesusito,
sobre mi hombro;
que la noche ya viene
y aúlla el lobo.

Duérmete, niño mío,
junto a mis pechos.
Las estrellas se miran
en tus ojuelos.

Duérmete, ángel mío,
entre mis brazos.
Ya sosiega la brisa
la voz y el paso.

Duérmete, nazareno.
Nazaret duerme;
sola la fuente llora,
su pena mece.

Duérmete, racimico,
bien de mi vida.
El pan y el vino duermen
en las colinas.

Duérmete, Manolito,
luz de mis ojos.
Mira que, si no duermes,
llamaré al coco.

Duérmete, sueño mío,
Dios de mi alma.
Ya mi niño se duerme;
duerme y descansa.
Dentro, mi niño,
te llevo, muy adentro,
¡Crezco contigo!

José VEGA